

al acervo de la literatura universal. El estado del teatro en esta época ofrece un campo propicio al genio que ha de dar forma definitiva en sus creaciones al arte dramático. De que el terreno ya estaba preparado, aunque todavía muy incultamente, cuando llegó Shakespeare, dan testimonio las obras de su predecesor y coetáneo Marlowe: «La trágica historia del doctor Fausto», «Tamburlaine» y «Edward II»; aquí están los gérmenes de los dramas posteriores de Shakespeare. Los caracteres demoníacos, los crímenes, las actuaciones violentas, como la misma muerte del autor, el lenguaje excesivo y rimbombante —que luego en Shakespeare un crítico calificará de «soberano»—, todo parece anunciar que una mano mejor dotada vendrá a perfeccionar todas estas características con las virtudes necesarias para hacer una obra maestra.

Como en todo verdadero gran teatro, Shakespeare da cabida en el suyo a la tradición literaria en cualquiera de sus formas. A semejanza de Lope de Vega, que en nuestra literatura recoge todo el acervo de épocas pasadas sin distinguos de ninguna clase, así el sencillo y modesto romance como la crónica real o la leyenda piadosa, o la influencia culta de griegos y romanos, del mismo modo Shakespeare resume todos los acontecimientos anteriores. Con frecuencia irrumpe en sus dramas una de las formas poéticas más típicas y bellas de la tradición popular inglesa: la balada. Una heroína triste —recordemos a «Desdémona»— canta antes de irse al lecho una balada melancólica. La poesía sirve a maravilla para expresar los presentimientos que la sobrecogen. En otras ocasiones un «carol» (villancico) alegra la escena. Tam-

bién las antiguas crónicas son el material bruto que sirve para la elaboración de la tragedia histórica, así como las leyendas populares de aparecidos, y toda la rica herencia de un Renacimiento italiano y francés que acaba de ser asimilada por uno de los más famosos vates ingleses, Edmund Spenser.

Entre las primeras obras de Shakespeare se encuentra la «Comedia de las equivocaciones», burda todavía, propia de un principiante, hecha para dar gusto al pueblo según la farsa graciosa al estilo de la comedia antigua latina, y la tragedia «Tito Andrónico», que es una verdadera «tragedia de horrores», todavía bajo los efectos del teatro del malogrado Marlow. En estas dos obras puede verse la propia caricatura, por decirlo así, de las tendencias de Shakespeare: la acción cómica llevada al extremo, y asimismo, la acción trágica exagerada. Más adelante Shakespeare, con arte depurado, escribirá multitud de comedias encantadoras y perfectas en su conjunto y detalles, entre las que mencionaremos «Las alegres comadres de Windsor», rebotante de alegre humor y vivacidad; «Noche de Epifanía o lo que queráis», y «La fierecilla domada», cuyo éxito justifica su difusión.

En el drama histórico, Shakespeare va más allá del historiador común y pretende hallar con sus interpretaciones una verdad poética para la Historia. La mezcla de realidad histórica y de invención es característica de Shakespeare. Sus retratos de personajes históricos son magníficos, llenos de atisbos psicológicos. Entre los principales dramas están «Ricardo II», «La vida de Enrique V» y «Ricardo III». Por otra parte, hay que considerar en esta somera descripción y